

que á los mas intrépidos los estremece. Pero como la muerte de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio, sino como premio: los llena de dulzura, de consuelo, y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas, pero es en la apariencia, y á los ojos de los insensatos; que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro: si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡Oh, qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas esquisito, que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los Santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres: parecieron afligidos y humillados: fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres y no mas: todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza, que por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquel que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes; ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas ¡oh, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos, y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de éstos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres, todo se sepulta con ellos: Pero al contrario, la última hora de los otros es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los Santos; su memoria está llena de bendicion; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas: y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano!

El Evangelio es del capítulo 21 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo pronosticaba á sus discípulos la consumacion del mundo, les dijo: Cuando oyereis hablar de guerras y sediciones, no temais: pues conviene sucedan primero estas cosas, que llegue el fin de los siglos. Entonces se moverán una nacion contra otra, un reino contra otro reino, y

habrá grandes temblores de tierra por diferentes partes, pestes, hambres y señales grandes y espantosas en el cielo. Pero ante todo esto os prenderán; perseguirán y entregarán á las sinagogas y cárceles, presentándoos ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre, lo que os sucederá en testimonio (de la fe). Grabad en vuestros corazones la máxima de no pensar el como habeis de responder, pues yo os daré

palabras y sabiduría, á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Sabed que sereis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos que os causarán la muerte. Y sereis aborrecidos de todos los hombres por mi nombre; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. Y por lo mismo con paciencia poseereis (ó salvareis) vuestras almas.

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

PUNTO PRIMERO. — Considera, que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien, y del principio de todos los bienes. Tal es el pecado. Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga. Eternamente será el pecado objeto de su odio, y de su indignacion, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento. ¿Pues como lo puede ser ahora de nuestros deseos y nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fué el que inundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que son; la tranquilidad y alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo mal privándonos de este bien. ¿Y es esta la idea que se tiene del pecado? ¿Pero dejará de ser menos malo, dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia, esos desahogos del carnaval, que si no siempre son pecado son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos; esas alegrías profanas, origen fatal de tanto desorden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande

horror? Y aun las personas que se abstienen de esos desórdenes, ¿viven siempre muy inocentes? ¡Ah! que, por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado: ¿pero nos familiarizaremos igualmente con los tormentos, que le corresponden?

¡Oh, Señor! ¡y qué poco que he conocido al pecado! ¡Pero cómo le conozco, y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonad mis maldades.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que, á escepcion del pecado, todo puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos, porque todo puede conducir para que seamos santos.

Pocos Santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso sereis menos dichosos; porque toda la malicia, y toda la rabia de los tiranos no podrá arrancaros solo un cabello de la cabeza. Quien está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene de qué temer? Grande error, reputar el odio del mundo como mal, cuando todo el odio del mundo es porque se quiere amar y servir á Dios. ¿Cuántos favores, cuantos ventajosos partidos ofreció el mundo á S. Vicente para pervertirle? ¿Qué crueles tormentos no padeció porque despreció sus engañosas promesas? ¿Con qué valor se burló este insigne Santo así de los tormentos, como de los halagos del tirano? Antes bien los mayores halagos fueron para él los mas intolerables tormentos. Perdió la vida, por no perder la amistad de Dios. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que nosotros pensemos de la misma manera? ¿Cuándo hemos de discurrir sobre los mismos principios? ¿Tiénesse el día de hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿Tiénenle siquiera por mal aquellos y aquellas que hacen vanidad de cometerle? Llámense males una pérdida de intereses, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que suelen ser principio de mil bendiciones, segun los amorosos designios de la divina Providencia. ¿Pero se considera al pecado como gran mal, cuando se discurre que puede ser medio conducente para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido yo hasta aquí, Dios mio! Perdonadme, Señor, y oid benigno mi humilde súplica. Haced que pa-

dezca todos los tormentos, hacedme sufrir todos los males de esta vida, antes que cometer jamás un solo pecado.

JACULATORIAS. — ¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonasteis la Ley de vuestro Dios y Señor! (*Eccl. 41.*)

Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo. (*Ad Hebr. 10.*)

PROPOSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés dispuesto á perder los bienes, la salud, y la misma vida, antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serás, si te hallas en otra disposicion. Pero porque son inútiles, y de nada sirven las mejores máximas, si no se reducen á práctica; siempre que á ti, ó á otros suceda alguna desgracia, algun contratiempo, algun trabajo, toma la santa costumbre de decirte á ti mismo: No hay otro mal que el pecado: consolémonos, que esta pérdida de los bienes de fortuna, de la salud, ó de la honra se puede convertir en gran provecho mio. Librame, Señor, de todo pecado, que no temo otro mal alguno.

2 Toma ocasion de todos los contratiempos de esta vida para decir á tus hijos, á tus amigos, á tus domésticos que en este mundo no hay mas que un solo mal, hablando propiamente, el cual mal es el pecado. Sea este tu mas frecuente refran, tu adagio favorecido. Repítelo sin cesar á tus hijos, dítelo á ti mismo cien veces al día, y no te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las mas ligeras impaciencias. Todo lo que pueda alterar la caridad, por poco que sea, debe ser prohibido para ti. Ser demasadamente indulgente consigo mismo, y poquísimo con los demás, suele ser ocasion de muchas faltas. Todo lo que puede agraviar de alguna manera al prójimo, todo lo que tenga sombra de pecado, debe causarte horror. La imágen sola de un monstruo espantoso atemoriza. Repite con frecuencia aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam fœdare animam meam*. Mas quiero morir, que manchar jamás mi alma. No te contentes con tener horror al pecado solamente. El mismo has de tener á todas las ocasiones de pecar, de las cuales has de huir, como del mismo pecado. No se aborrece el pecado, cuando no se aborrece la ocasion.